

Caperucita de las alergias

Texto: Sandra Gómez

Ilustraciones: Carles Salas



Había una niña que se llamaba Caperucita de las Alergias. Ella sola reunía todas las alergias que salen cuando llega la primavera. Son como los turrone, que siempre vuelven a casa por Navidad.

Caperucita venía a ser una niña reconcentrada de alergias, como aquellos suavizantes de la ropa que son un reconcentrado de buen olor y frescura.

Con los años, Caperucita de las Alergias lo había aprendido todo de sus "amigas" primaverales, algo puñeteras. Y como estaba acostumbrada a tenerlas cerca, sabía muy bien cómo mantenerlas a raya. Las había domesticado.

Por ejemplo, si en medio de un vientecillo seco cargado de polen, Caperucita notaba que un estornudo cogía impulso dentro de su nariz para salir disparado, como un cohete de moco y gotas de agua, entonces le ordenaba:

– ¡Hacia dentro, sinvergüenza!

El estornudo, asustado a más no poder, subía nariz arriba y no volvía a aparecer hasta después de un buen rato. Caperucita de las Alergias era, pues, un poco mandona. Pero, claro, de alguna manera había que protegerse y hacerse respetar.

Las alergias eran muy habituales en la familia de Caperucita de las Alergias. Porque, como explican los doctores y las doctoras, las alergias se heredan. Como las fortunas que pasan de padres a hijos, pero sin peleas. Con lo enojosas que son, y nadie se enfada por heredar una alergia. Las familias no se arañan por tener una alergia de más o de menos. A cada uno le toca la que le toca, si le toca. No hay que darle más vueltas: las herencias de las alergias funcionan así.

Un día la madre de Caperucita de las Alergias la llamó, y le dijo que tenía que ir a visitar a la abuela porque tenía un brote de asma. La abuela de Caperucita vivía sola en el otro lado del bosque.

– Tienes que llevarle esta cesta con antihistamínicos y un puñado de confites de miel, que le irán muy bien para calmar la tos –dijo la madre, mientras lamía uno de esos caramelos tan dulzón. Había tosido toda la mañana como un león afónico, por culpa de una alergia a los ácaros muy antipática. El caramelo de miel que se estaba comiendo le ablandaba la garganta, ya que la tenía más seca que un zapato.

– Sobre todo, no te entretengas por el camino, Caperucita –continuó diciendo la madre–, ni hables con extraños, que el bosque es un lugar muy peligroso, lleno de polen, esporas de hongos, polvo y mohos de todo tipo.

– No sufras, madre –respondió la niña, feliz porque iba a visitar a la abuela–. Me pondré la capucha y estas gafas oscuras para protegerme del sol y del aire cargado de copos y pólenes.

Tapada con la capucha y las gafas de sol, Caperucita de las Alergias parecía un pequeño Jawa de La guerra de las galaxias. Pero Caperucita no lo sabía, porque en su bosque no había cines. Así pues, se fue por el bosque cargada con la cesta de medicinas, haciendo pequeños saltitos alegres.

Un rato más tarde, se encontró con unas gramíneas que lucían un polen bien dorado a las espigas, al margen del camino.

– ¿Adónde vas, Caperucita de las Alergias? –le preguntaron, apuntándose con una mirada de traición.

– ¡Atrás, gramíneas malas! –exclamó Caperucita–. Sé que pretendéis bombardearme con polen tóxico, y provocarme un ataque de estornudos. ¡Pero mis armas son muy poderosas! –dijo amenazándolas con una caja de antihistamínicos que acababa de sacar de dentro del cesto. Les enseñó de muy cerca, pero alargando el brazo muchísimo para marcar distancia.

– ¿Pero qué dices, Caperucita? –dijeron las gramíneas haciéndose las distraídas–. Nosotras sólo queremos avisarte que tengas mucho cuidado con un lobo feroz que corre por ahí.

– ¡Descaradas! –les espetó Caperucita, y se alejó del lugar rápidamente.

Siguió caminando por el bosque hasta que se encontró con un pequeño rebaño de avispas que, revoloteando, le cerraban el paso. Orgullosas, le mostraban la punta amenazadora de los aguijones. Parecían muy afilados y listos para picar.

– ¿Adónde vas, Caperucita de las Alergias? –preguntaron.



– ¡Dejadme pasar, avispas venenosas! ¡No tengo miedo de vuestras picaduras, ni de la alergia que causan cuatro himenópteros de poca monta como vosotros! –gritó Caperucita con valentía.

– ¿Picarte? ¡No, mujer, no! –replicaron las avispas cuando todavía sacaban más lejos sus aguijones–. Sólo queremos advertirte de la presencia de un lobo aterrador que se esconde en este bosque.

– ¡Pérfidas! ¡Fuera de aquí! –ordenó la Caperucita, cogiendo el puñado de confites de miel que llevaba en el carrito, lanzándolos lejos.

Las avispas, que eran muy golosas, volaron rápidamente tras los caramelos, y Caperucita lo aprovechó para huir corriendo.

Corría por el camino ancho del bosque cuando se topó de bruces contra una bola de pelaje sucio y casposo de color negro. Era el lobo. Caperucita, que era muy alérgica a los animales peludos, empezó a estornudar ya ponerse roja como un tomate maduro. Además, un picor insoportable le recorría el cuerpo y empezó a rascarse como los monos del parque. Había visto a los monos rascarse con deleite, un día durante una visita con la escuela. Le había hecho mucha gracia. Pero ahora que tenía que rascarse ella no le parecía tan divertido.

Aquellos ataques repentinos de estornudos, rojeces y picores, habían dejado a Caperucita de las Alergias aturdida e indefensa ante el lobo salvaje.

– ¿Adónde vas Caperucita de las Alergias? –le preguntó la fiera.

– Voy a casa de la abuela que está enferma. ¡Achís! Aaa ..., aaa ... ¡Achís! –respondió Caperucita, sin poder parar de estornudar.



Ahh Choo

– Este camino es muy peligroso. ¡Está lleno de plataneros, robles, encinas y olivos, que se tiran pedos de ultrapolen extramegaalérgico!

– ¿Y por qué otro camino podría llegar a casa de la abuela? ¡Achís! ¡Requetechís!

– Por aquel de allí llegarás enseguida. Es el camino más corto.

Caperucita de las Alergias se fue, haciendo caso al lobo.

Pero el lobo la había engañado. En realidad, el camino por donde se había ido la niña era el más largo. Y el lobo, que se conocía el bosque mejor que un GPS, llegó primero a la casa de la abuela cogiendo un atajo.

El lobo llamó a la puerta. ¡Toc, toc, toc!

– ¿Quién es? –dijo una vocecita fina y débil. Era la abuela de Caperucita. Una abuela muy vieja, como las que se ven por la calle que andan ayudándose de un bastón.

– Soy Caperucita. Ábreme que tengo muchas ganas de verte –mintió el lobo haciéndose pasar por Caperucita.

– Pasa, pasa, Caperucita, la puerta está abierta.

El lobo abrió la puerta violentamente de una patada.

La abuela, que estaba en la cama, se asustó, pero el lobo se le echó encima tan deprisa que la pobre abuelita no tuvo tiempo ni de decir ¡ay! El lobo se la tragó entera con bastón y todo. Luego se vistió con un pijama de la abuela, y se puso en la cama, esperando que llegara Caperucita.

Un rato después llegó Caperucita de las Alergias, y llamó a la puerta. ¡Toc, toc, toc!

– ¿Quién es? –dijo el lobo con una vocecita que intentaba ser delicada, pero que más bien parecía la voz de un camionero con muy mala salud (nota de la autora: en el mundo hay camioneros y camioneras con voz de barítono y soprano, pero no servían para este cuento, y cayeron eliminados en la primera ronda de selección de voces. Fin de la nota de la autora).

Caperucita de las Alergias respondió contenta de haber llegado por fin a casa de la abuela.

– Soy Caperucita, abuela. Te llevo medicinas para el asma.

– ¡Pasa, pasa! La puerta está abierta.

Caperucita abrió la puerta y entró. Se acercó a la cama de la abuela, y se la quedó mirando, extrañada de la mala cara que hacía.

– Abuela, qué orejas más grandes tienes. ¿Es por culpa de una otitis alérgica? –preguntó Caperucita, sorprendida.

– Son para oírte mejor –dijo el lobo.

– Abuela, ¡qué ojos más grandes tienes! ¿Te pican y te lloran por culpa de una alergia primaveral?

– ¡Son para verte mejor!

– Abuela, ¡qué dientes más grandes tienes! ¿Cómo puede ser? No recuerdo ninguna alergia que haga crecer los dientes...

– ¡Son para comerte mejooooooooooooooooooooor!

Rápidamente, el lobo se levantó de la cama y se abalanzó sobre la niña. Se la comió entera, con cesto y todo, y fue a parar a la panza del lobo donde se encontró con la abuela.

– ¡Caperucita! ¿Tú también? –exclamó la abuela, contenta de ver su limpia.

– Sí abuela, yo también –respondió Caperucita con cara de incomodidad, porque dentro de la barriga del lobo hacía mucho calor y se estaba muy estrecho.

La abuela y Caperucita se abrazaron muy fuerte.

– ¿Cómo lo haremos para salir de aquí? –preguntó la abuela, preocupada.

– ¡Tengo una idea! –dijo Caperucita.

En primer lugar, Caperucita de las Alergias hizo que su abuela se tomara las medicinas que le había traído. Era necesario que la abuela se pusiera bien enseguida y recuperara las fuerzas. Después, Caperucita recordó que en la escuela le habían explicado que había lobos que eran alérgicos a los antihistamínicos. De modo que abrió la caja del medicamento y esparció las píldoras por toda la barriga del lobo.

¡Ay, qué alergia y qué dolor de estómago le dio al lobo, que se iba revolviendo de dolor acostado en la cama!

La abuela, que ya había recuperado las fuerzas, comenzó a picar las paredes de la barriga con su bastón. Y Caperucita, que comenzó a estornudar, debido a su alergia a los animales peludos, picaba fuerte con la cabeza contra las paredes del estómago con cada estornudo que hacía.

– ¡Abre la boca y deja salir! –gritaban Caperucita y su abuela, tan fuerte como podían.

Entre el dolor del dolor de estómago, el dolor por los golpes de cabeza de Caperucita y los golpes de bastón de la abuela, el lobo abrió la boca y ambas pudieron salir. ¡Qué bien! Esta vez, las alergias habían ido de maravilla para liberar a la abuela y a Caperucita.

Pero aquí no acaba la historia porque, en ese momento, pasaba por allí cerca un cazador que, al oír los aullidos de dolor del lobo dentro de la casa, pensó que la abuela no podía hacer ese ruido, y entró .

Cuando la abuela y Caperucita le explicaron lo que aquel lobo mentiroso y traga-personas había hecho, se enfadó tanto que cargó el lobo a los hombros y se lo llevó a la frontera del bosque. Una vez allí, se lo descargó de la espalda como si se sacara de encima un saco de patatas, y lo dejó caer al suelo de golpe.

Le dijo que quedaba desterrado de aquel lugar para siempre y que no quería volver a verle nunca más. El lobo huyó y no volvió nunca.

Caperucita de las Alergias terminó de pasar un día muy agradable con su abuela. Estaba contenta porque había descubierto que cuanto más cosas sabía de las alergias, mejor podía dominarlas, y menos antipáticas le resultaban.

Y así, Caperucita se había hecho amiga de las alergias, porque le habían ayudado a escapar de un lobo malo, traga-personas y mentiroso.

Fin



*Más de 1.000 consejos
de salud para tus hijos*

Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (www.faroshjd.net) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

